



HOGARES DON BOSCO
FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

**QUÉ ALEGRÍA CUANDO ME DIJERON:
VAMOS A LA CASA DEL SEÑOR**

**VII Congreso Internacional de María Auxiliadora
(Agosto 2015)**

Don Roberto Carelli

3. ¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del señor!

Don Roberto Carelli

ORACIÓN

Ponemos nuestra reunión en manos de Dios comenzando con la lectura del Evangelio del día

Los colores otoñales de la liturgia cristiana tienen un encanto especial. Mientras el año litúrgico toca a su fin, se celebran los santos y se recuerda a los difuntos, el pensamiento se dirige al fin de nuestra vida, al cumplimiento de la historia y al señorío universal de Cristo, y todo cristiano está llamado a vivir, dentro de su pequeñez, lo que la Iglesia vive en el esplendor de sus celebraciones. **Es un tiempo propicio para reafirmar el primado de Dios y el ideal de la santidad**, el deseo de vivir las bienaventuranzas y de experimentar la comunión de los Santos, el propósito de servir al Señor y colaborar en la salvación de las almas. Es el momento justo para dirigir las cosas a Dios, reconducir a la unidad los días y las obras, superar los desórdenes de la mente y del corazón, vencer las pasiones y preocupaciones que nos hacen ceder a las tentaciones opuestas del activismo y de la pereza. Es el tiempo de volver a vivir con la mirada en la vida eterna, librarse del estorbo de las cosas terrenas, y tomar mayor conciencia de que “si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles” (Sal 126,1), que “vale un día en tus atrios, más que mil en mi casa” y que sin duda alguna “vale más estar en los atrios de la casa de Dios, que vivir con los malvados” (Sal 83,11).

¡Que hermosa es la llamada a la santidad! ¡Qué grande es la alegría que se experimenta cuando oímos que nos dicen “vamos a la casa del Señor” (Sal 121,1), alimentar un deseo sincero de estar contentos en su presencia, sentirse atraídos por las cosas del cielo y no por las de la tierra, entusiasmarse con su Palabra y gustar las delicias de la Eucaristía! ¡Qué hermoso es estar íntimamente convencidos de que la vida espiritual no crece por el esfuerzo sino por la gracia, saberse miserables, pero objeto de misericordia, liberados de la resignación a la mediocridad y de la presunción de la autosuficiencia, como si Dios no existiese o no fuese providente! ¡Qué hermoso es sentir florecer en el alma el amor a la Iglesia, a María, a los Santos, verse liberados, aunque sea después de años de esfuerzos inútiles, de sentimientos de orgullo y de ira, de la polilla de la envidia y de los celos, de la inclinación al juicio y a la condena, y ver los brotes de la magnanimidad y de la misericordia con los amigos y enemigos, de la compasión y de la solicitud por los pequeños y los pobres! ¡Que hermoso es saborear ya desde ahora la comunión de los Santos, percibir la unidad profunda que une a la Iglesia terrestre con la celestial, en alabanza y acción de gracias por todo lo que el Señor Jesús ha hecho por nosotros! ¡Qué hermoso es poder cantar unidos: “nos has redimido, Señor, con tu sangre; nos has llamado de todo pueblo y raza, de toda lengua y nación; y has hecho de nosotros un reino para nuestro Dios!”.

Por esto precisamente, para darnos el don de esta alegría verdadera –que ciertamente se cumplirá como todas las promesas de Dios– y para desengañarnos de toda falsa alegría –que pronto o tarde se manifestará ilusoria– Dios ha querido habitar entre nosotros y enseñarnos a vivir con Él. Toda la historia de la salvación es la historia de esta empresa no de poca importancia: es la historia de la “familiarización” de Dios y del hombre, de un Dios que se adapta dolorosamente a habitar con los hombres y entre los hombres, para acostumbrarles a habitar felizmente junto a Él y en Él. Ya sabemos lo costoso que es: demasiado sabemos lo fácil que es vivir en nuestras casas olvidándonos de Dios o estar en la casa de Dios olvidándonos de los hombres. La experiencia nos lo dice claramente: cuando falta la perspectiva de Dios, nuestras casas se convierten en lugares de infierno y también las casas de Dios se llenan de traficantes y bandidos. Porque cuando Dios desaparece, también el hombre se extravía, y cuando se pisotea al hombre se llega a instrumentalizar a Dios, llegando a estar hasta tal punto distraídos de las cosas del cielo y engolfados en las de la tierra que ya ni siquiera nos acordamos de ellas: “tan envueltos en las cosas terrenas, que nos hacemos tanto más insensibles interiormente, cuanto más ocupados estamos en los asuntos exteriores” (san Gregorio Magno).

Cuando Dios no ocupa el centro todo puede suceder: se puede pecar tanto de irreligión como de religión, de **mundanidad “carnal”, como de mundanidad “espiritual”**. Se da esta última cuando se frecuentan las casas de Dios, pero sin ocuparse de los intereses de Dios, sino de los propios. Y entonces llega el acostumbrarse a lo sagrado, y lo sagrado ocupa el puesto de Dios. Esta ha sido la experiencia de Israel: liturgias, usos y costumbres religiosas, oraciones, tradiciones, estilo religioso de vida, se habían convertido más importantes que Dios, se habían transformado en ídolos. Afortunadamente –comenta Castellana en su interesante libro sobre las Tiendas de Dios– “Dios entonces interviene con su fuerza: hechos naturales, destierros, cambios políticos, acontecimientos culturales, incomprendimientos del mismo ambiente propio, circunstancias imprevistas, echan fuera a los mercaderes del Templo”. En su amor sabio y misericordioso, Dios nos empobrece y humilla, nos hace experimentar el vacío y la esterilidad, para volvernos después a dar su riqueza y su fecundidad: “escarmientas al hombre castigando su culpa, como una polilla roes sus tesoros” (*Sal 38,12*), y “me estuvo bien el sufrir, así aprendí tus decretos” (*Sal 118,71*).

Convenzámonos: **en vida, o Dios lo es todo o no es nada, y cuando uno se aleja de Dios no se entrega a la nada, sino a la mundanidad del demonio**. El corazón del hombre nunca es neutral, siempre está alineado: o está al servicio de Dios o al servicio del Maligno. Como observa Chesterton, “el hombre moderno ha perdido al Padre y ha encontrado muchos patrones”, porque como sabemos por el Evangelio, cuando Dios está ausente, el templo del corazón se llena de ladrones, mercaderes, y finalmente se arruina (cfr. *Jn 2,13-22*); entonces el alma se ve agitada e insatisfecha, unas veces eufórica y otras deprimida; los síntomas son bien conocidos: buscando la felicidad y siendo infeliz; todo le va bien y nada le resulta bien; es crítico con todos y de manga ancha consigo mismo, o riguroso con otros y acomplejado consigo mismo. ¡Cuántas vidas desgraciadas por estar lejos de Dios! Y en cambio ¡cuánta felicidad en quien lo encuentra, se reconcilia con Él y lo reconoce de nuevo como único Señor! La casa del corazón vuelve a estar habitada, es cada día más sólida, y puede resistir cualquier prueba: no está edificada sobre la arena de las palabras humanas, sino sobre la roca de la Palabra de Dios (*Mt 7,24-27*).

Otra cosa que hay que tener bien presente es que, cuando se pierde la perspectiva de Dios y el ideal de la santidad, no solo se pierde el amor de sí mismo, sino también el amor a los demás, se pierde a la Iglesia, a la familia. En una sociedad que pretende divinizar el amor y hacer de menos a Dios, se corre el riesgo de que la familia –como ha recordado el papa Francisco– de iglesia doméstica, se reduzca a asociación, y precisamente en nombre de lo “social”, de lo “relacional”, de los “afectivo”, y pierda aquello que, en la familia, es lo más importante: ¡la presencia de Dios! **Lejos de la casa de Dios, se derrumban nuestras casas, y el orden del amor cede el paso al desorden y al desamor**. La santidad cristiana es, en este sentido, paradójica, sabe que **¡cuanto más se pertenece solamente a Dios, más don se hace uno para todos**, y en cambio, **cuanto más se retiene para sí o se quiere ser de todos, más se pierde a Dios y menos se salva a los otros**! Convenzámonos también de esto: hacer familia o tener hijos sin la gracia del matrimonio es como querer amar sin el amor. ¡Fuera del matrimonio el amor es un intento, en el matrimonio es una gracia!

Ahora bien, para construir armonía entre las casas de Dios y nuestras casas, en la práctica armonizar la vida eclesial y la vida familiar, María es absolutamente determinante. **María ha sido en la tierra la casa de Dios y ahora en el cielo es la casa junto a Dios**, porque, como dice Castellana, en la Encarnación “Dios llena a María de sí y María llena de sí a Dios. Los dos son, al mismo tiempo, continente y contenido. María es toda de Dios y toda en Dios. Y **en cuanto es al mismo tiempo Madre de Dios y madre nuestra, Ella nos enseña a dejar puesto a Dios y a habitar en Él**. Frecuentar las casas de María es aprender a estar bien con Dios y a estar bien en casa: ¡en su escuela no cabe absolutamente nada parecido a una religión deshumanizada (espiritualismo) o a un humanismo ateo (secularismo)! Y es explicable: cuando falta una madre es difícil ser y sentirse hijos, tanto en el plano natural como en el sobrenatural. Por esto el papa Francisco ha dicho que “¡La Iglesia sin María es un orfanato!”. Por otra parte es una convicción muy arraigada en la Iglesia que el reconocimiento de la paternidad de Dios, y no simplemente de su existencia como Creador, exige la maternidad de la Iglesia: “no puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre”, decía san Cipriano, y por esto, decía el beato Pablo VI: “no es posible que un cristiano no sea mariano”.

Vamos a lo práctico. **Nadie mejor que María puede ayudarnos a formar unidad entre el cielo y la tierra**, entre las casas no construidas por la mano del hombre y las construidas con nuestras manos. Ella que ha vivido en la humildad de

Nazaret y ahora es reina gloriosa en el cielo, nos ayuda a entender que no pueden separarse la casas de Dios y nuestras casas, los lugares del espíritu y los lugares de la carne, sino que tenemos que vivir las dos cosas, tanto los días de feria como los festivos, bajo la mirada de Dios y de su voluntad. En este sentido, como dice san Ambrosio, “no debemos renegar de los legítimos derechos de la naturaleza, pero debemos dar siempre preferencia a los dones de la gracia”. Y María sabe muy bien esto, porque precisamente en Ella el misterio del templo ha llegado a su cumplimiento en Jesús, en el que “habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Col 2,9). Lo importante es, pues, vivir todo, *eros* y *agape*, los misterios de la carne como misterios del templo, en la luz de Dios, que desea que el amor a Él y al prójimo sean una sola cosa. No hay alternativa entre sagrado y profano: la alternativa está entre el verdadero y falso culto, entre fe e incredulidad, fidelidad e infidelidad a la ley de Dios, entre celo y tibieza en cumplir su voluntad. En resumen, esto es lo que Dios quiere: que también nosotros, como Jesús y María, hagamos de nuestra vida un sacrificio agradable a Él (Sal 39,8, Eb 10,7-9). ¡En esto consiste el ideal de la santidad!

El compromiso personal, familiar y comunitario de este mes será entonces el de **santificar las acciones diarias**. Lo haremos confiando en la gracia y poniendo toda nuestra buena voluntad. Lo haremos por amor a Dios y por amor a nuestros seres queridos. Y cuando nos resulte más costoso o nos perezca infructuoso, lo haremos en penitencia de nuestros pecados y para preparar nuestro paraíso. Para todo esto pediremos la gracia de **“habitar en la casa del Señor todos los días de nuestra vida” (26,4)**.

PARA LA REFLEXIÓN

1. “Tan envueltos en las cosas terrenas, que nos hacemos tanto más insensibles interiormente, cuanto más ocupados estamos en los asuntos exteriores” (san Gregorio Magno). Comentar.
2. “El hombre moderno ha perdido al Padre y ha encontrado muchos patrones” Comentar. ¿Cuales son mis patrones?
3. Hacer familia o tener hijos sin la gracia del matrimonio es como querer amar sin el amor. ¡Fuera del matrimonio el amor es un intento, en el matrimonio es una gracia! ¿qué opinas?
4. ¿Quién es María para mí? “¡La Iglesia sin María es un orfanato!” Francisco

De la casa de María hasta nuestros hogares

Dios Padre, que para tu gloria
y honor de la Virgen María,
inspiraste a tu siervo San Juan Bosco,
edificar un templo en honor de la Madre de Dios,
bajo la advocación de “Auxiliadora de los cristianos”,
escucha nuestra plegaria confiada.

El apóstol de la Auxiliadora estaba convencido
de que la Virgen misma había construido sus casa,
de la que se irradiaría su gloria.

También nosotros proclamamos con gozo
que María es la casa de oro adornada con los dones del Espíritu,
el aula real iluminada por el Sol de justicia,

la ciudad santa alegrada por ríos de gracia,
el arca de la alianza que contiene al autor de la nueva ley,
Jesús, Salvador del mundo.

Te suplicamos que, guardando la gracia de los sacramentos,
nuestras casas sean lugares de comunión, perdón y solidaridad.

Tu misericordia se revele también en nuestra generación
con más fuerza que cualquier forma de división y de violencia,
y la educación a la vida feliz del evangelio
se transmita a las nuevas generaciones. Amén.